

E. N° 2 ent 8

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



FEBRERO DE 1922

SUMARIO:

José Pereira Rodríguez	«El Embrujo de Sevilla»
Pablo de Grecia	Sonetos
Teresa Santos de Bosch	La realidad de la ilusión
Horacio Maldonado	Molière y el Rey Sol
Víctor Pérez Petit	Soñando junto al piano
Emilio Samiel	Capítulo de novela
Carlos A. Herrera Mac Lean	Crónicas de arte
Glosas del mes — Notas bibliográficas	

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.º 44

“PEGASO”

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto Brignole. — Manuel Benavente. — Enriqueta Compte y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo). — Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro. — Asdrúbal E. Delgado. — Eduardo Dieste. — María Espínola y Espínola. — José M. Fernández Saldaña. — Emilio Frugoni. — Blas S. Genovese. — César G. Gutiérrez. — Luis A. de Herrera. — Juana de Ibarbourou. — Julio Lerena Joanicó. — Luisa Luisi. — Casiano Monagal. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. — Raúl Montero Bustamante. — A. Montiel Ballesteros. — Emilio Oribe. — José Pereyra Rodríguez. — Víctor Pérez Petit. — Carlos M. Prando. — Wifredo Pi. — Horacio Quiroga. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Salaverri. — Emilio Samiel. — Carlos Sabat Erceasty. — Juan Zorrilla de San Martín. — Alberto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN

TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: \$ 0.50.

Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

**LOS MATERIALES DE “PEGASO”
SON INÉDITOS**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $\frac{1}{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancias para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1453 y 1459

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcantías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcantía, ganan del interés de 6 %
hasta la cantidad de \$ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Agencia: Avenida General Róndeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agracinda 968.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Calles esq. Ciudadela

SUCURSALES:

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16. — Las Sábados de 10 a 12.



La alcantía es de clase de ahorro doméstico. — Depósito Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una AL-CANTÍA con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON FIJOS, ganan interés y puede Vd., retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcantía.

Una vez al mes, o cuando la crea oportuno, presenta Vd. la Alcantía, la que se abra a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditándolo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de \$ 1.000. — Las cantidades mayores de \$ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de \$ 20.000.

El Estado respalda directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de GreCIA—José María Delgado

Febrero de 1922.

N.º 44 — Año VII.

“EL EMBRUJO DE SEVILLA”

POR CARLOS REYLES

I

Carlos Reyles, siguiendo la ruta luminosa de Enrique Larreta, acaba de publicar “El Embujo de Sevilla”. El novelista recio y admirable ensayista ha ido a la España del “cante hondo”, como Larreta fuera a la España caballeresca. Hay en la identidad de este gesto, la misma aristocracia que llevó a Rubén Darío a intentar, en su visita a Mallorca, su novela frustrada “La Isla de Oro”. Merece sindicarse esta tendencia hispanófila, porque, de persistir, nos hará perder la obra americana, nativa, que podrían legarnos los más fuertes y los más capacitados para hacerla.

Este caso de Reyles es más sugerente que el de Larreta y aún que el de Darío. Al fin y al cabo, la de Darío fué una simple tentativa, sobre la que no persistió mayormente. Larreta, en cambio, surgió de un modo excepcional con “La Gloria de Don Ramiro”. Recuérdese que la novela destacó de inmediato a un gran artista y que, para completar el triunfo, no faltó la burda acusación de “obra pagada a Pedro de Répide”.

Reyles ya tenía ganada, y bien ganada, su posición literaria, y “echa la mano” al tema americano con



"Beba", "La Raza de Caín" y "El Terruño", cuando se nos revela un admirable conocedor del alma andaluza y un estupendo cronista de la Sevilla trágica, realizando su mejor novela realista.

Hay en "El Embrujo de Sevilla" todas las buenas cualidades que en las anteriores novelas de Reyes señaló la unanimidad de la crítica. No falta la minuciosa psicología de las almas torturadas, la frase expresiva, la descripción llena de color, la narración justa y precisa y el realismo vivo y exacto que en "El Terruño" se había diluido en largas disquisiciones y en "La Raza de Caín" se había marchitado en las introspecciones de los personajes divagadores y estilizados.

"El Embrujo de Sevilla" es una novela completa. Reyes ha conquistado así un nuevo triunfo, que acusa, a sus cincuenta y cuatro años, la vigorosa plenitud intelectual.

Reviven otra vez en estas páginas apasionadas las tendencias nietzscheanas de "La Muerte del Cisne", con su metafísica del oro puesta al servicio de un ideal. Contra la vulgaridad de los juicios deprimentes, Reyes adopta la viril postura y dice, por boca de uno de sus personajes: "El torero célebre es, aunque parezca paradoja o enorme dislate, el profesor de energía e idealismo de nuestras multitudes. El les habla el lenguaje que ellas entienden y les llena el alma de apetencias de oro y ambición de gloria. Es un estimulante, el único que poseen. Existen, a no dudarlo, otras influencias más nobles, pero ninguna llega al pueblo, y éste, sin el lidiador, que condenan a ciegas los moralistas, se quedaría ayuno de todo alimento espiritual".

Y, como si todavía fuera poco, agrega y repite ya al final del libro: "En Sevilla todo es hechizo, sortilegio, encantamiento. Muere un bandido, y el escultor Gijón hace del criminal un Cristo maravilloso; las ni-

nas ponen unas macetas y unas jaulas en los balcones, y, como por arte de magia, truecan en alegría la miseria de la ciudad; los vinos de oro convierten la pena en fiesta, el lloro en canto, el canto en lloro. Sí, aquí todos son círculos mágicos; el sol, las calles embrujadas, los patios soñadores, las coplas quejumbrosas, las procesiones trágicas, los *tablaos* dislocadores, tierra gorda en la que florecen todo el año los claveles rojos de la pasión y del salero. Y el más grande de todos los círculos mágicos la Plaza de Toros, el redondel divino. La arena amarilla parece un topacio luminoso, y ese topacio es un duro crisol donde se funden y aparecen, limpias de escorias, las bronceas virtudes de la raza; un misterioso espejo, un espejo brujo, en el cual los españoles nos vemos como quisiéramos ser, como fueron los Grandes Capitanes, los Conquistadores, los Misioneros"...

Novela sevillana es ésta, con toda la plenitud luminosa de los cielos de Andalucía, con toda el alma embrujada de colores, de claveles, de mujeres, de mantones floreados, de pasiones, de tragedia... Pasa la vida dolorosa de una "cantaora", desgarrándose por culpa del embrujo, haciendo, sobre los despojos de su dicha, la felicidad de otras existencias. Por encima de la tristeza irremediable de las almas llenas de pasión, triunfan las almas apegadas a la vida. Bajo los cielos claros de Sevilla, entre sus callejuelas ensoñadoras, en los balcones llenos de claveles, en medio a todo ese embrujamiento, que acicatea y apresura el corazón — convertido en llama — cruzan los personajes de Reyless, trágicamente desolados, como si fueran ásperos grabados de otro Darío de Regoyos, trazados a navaja para ilustrar otra "España negra". Es que Reyless ha conseguido darnos la exacta impresión de lo que es Sevilla: "Hechizo, sortilegio, encantamiento". Lo ha logrado fundiendo en su alma gaucha — que tiene mucho de torero — el alma andaluza, en que la alegría y el dolor

son igualmente fiestas, en que se apura el loco gozo de vivir, como si fuera la llamarada de un incendio.

II

Como en las antiguas "Academias", Reyles hizo un esbozo previo de "El Embrujo de Sevilla" en una narración que publicó "El Cuento Ilustrado" con el título de "Un Capricho de Goya". (1)

Allí está Pura, la "cantaora", la famosa "Trianera", que cuando "echa los brazos al cielo, se vienen abajo del cielo los serafines". Es la misma que despreció al "Perote" — en la novela el "Pitoche" — y que cuando, enloquecida de amor, va a marcharse con Paco, el torero, sin saber cómo, ante la mirada triste que le dirige su antiguo amante, a punto de ser estrangulado por el torero, vuelve sus pasos y da una puñalada al propio Paco, para arrepentirse luego, confesando a gritos su mala acción, mientras marchan lentos, los Pasos en la noche trágica de una Semana Santa de Sevilla. Toda la acción de la novela, bellamente dramatizada, gira sobre este asunto, y la completan y la sitúan exactamente en la época, descripciones admirables.

No ha modificado Reyles, por tanto, el procedimiento que le hizo anticipar en "Primitivo" y en "El Extraño", las fuertes páginas de "La Raza de Caín" y "El Terruño". Persiste, pues, en abocetar previamente sus grandes novelas, y procede así, al igual de los grandes pintores, ya que pintor es también por la veracidad de sus descripciones y la variada profusión de tonos que sabe utilizar con maestría.

No es "El Embrujo de Sevilla" un "capricho de Goya", solamente, sino toda una serie de caprichos, en los que, como en los del dibujante genial, se aúnan la vida y la muerte, en lo que tienen de más trágico.

La tendencia de Reyles a hacer de sus novelas, prefe-

(1) Tomo III. N.º 80. Buenos Aires, octubre 29 de 1918.

rentemente, un ensayo filosófico — que se le ha hecho notar como uno de sus defectos característicos — no adquiere, en "El Embrujo de Sevilla", las viejas proporciones censuradas. Todo, en la nueva obra, es medida, justeza, equilibrio.

Ciertamente que contra esta novela, en lo que tiene de medular y de "tesis", se levantarán iracundos los que, como Eugenio Noel, han censurado el flamenquismo, como fruto malo de la exaltación del *redondel*. Pero, es el caso que, hasta el mismo Reyles, reconoce ese mal del "chulo" — como es un mal el del "compadrito" — y contra la posible objeción argumenta, valientemente, el torero Pao: "... un pueblo que desprecia el pellejo, el trabajo, la riqueza y el saber, y ama el tronío, la valentía, la gracia y el goce, no está de más en este pícaro mundo". Y más adelante: "Si las viejas virtudes españolas no han muerto ya por falta de empleo, es quizá porque la magia del redondel las galvaniza y conserva. La bizarría y la majeza, que no podemos poner en la industria y el comercio, la ponemos en el arte taurino, el más viril y arrogante de todos, arte exclusivamente español, como no podía menos de ser, siendo el más arrogante y viril, hecho con nuestros nervios y con nuestras entrañas, y por eso el único que les habla al alma de todos los españoles castizos".

No es la Andalucía de pandereta la que pinta y describe Reyles. Es la Andalucía maja, la de la "sangre, voluptuosidad y muerte" de Maurice Barrés, la que oculta detrás de las macetas de un balcón florido de claveles, la guitarra del "cantaor" y la navaja del "chulo". Es la Sevilla trágica, que se burla hasta de la muerte, como Goya inmortalizaba la mueca del agonizante en la cara siniestra del pelele.

El arte del toreo aparece aquí como un culto que se ejerce casi con religiosidad, y así don Gaspar — un personaje de la novela en que se adivina a Reyles — dice en defensa suya: "Muchos sociólogos de chicha

y nabo, le inculpan el atraso de España, sin echar de ver que hay regiones atrasadísimas de ésta, donde la afición no tiene influencia alguna. Si la tuviera serían allí las gentes menos inertes y brutas".

Por esto, a pesar de que Reyles acaba de dar a España una obra admirable, no sería extraño que de España mismo le tiraran la primera piedra...

Suceda lo que suceda, si bien es cierto que el americanismo ha perdido la oportunidad de triunfar una vez más por el desvío de Reyles hacia el tema regional español, no es menos cierto que con "El Embrujo de Sevilla", la literatura hispanoamericana se ha enriquecido con una nueva gran novela.

JOSÉ PEREIRA RODRIGUEZ.

Treinta y Tres. Febrero de 1922.

AMARILLO Y NEGRO

*Oh, la tristeza de sus ojos griegos
Y su melancolía penserosa,
Y la inquietud de sus traviesos ruegos
Y el sutil filtro de su boca rosa.*

*Dicen rústicos dísticos labriegos
Sus labios: y sus manos, de mimosa
Condescendencia, rememoran juegos
Galantes bajo los laureles rosa.*

*Oh, quién fuera su leve falderillo,
Húmeda hierba o rústico tomillo...
Oh, quién fuera violeta o mejorana;*

*Oh, quién jacinto o luminosa espiga,
Para besar su falda y la profana
Media que mima la ajustada liga!*

AQUELLA MURIENTE TARDE

*El inefable instante en que la suerte
Me puso de tu gracia en el camino,
Eternizado en ritmo cristalino
Será a despecho de la adusta muerte.*

*Y siempre joven y por siempre fuerte
Nuestro amor al auspicio del divino
Infante crecerá, pues el destino
Nos ha anudado con su abrazo inerte.*

*Más allá de la vida y de sus furias,
Días y meses, años y centurias,
Reviviremos nuestro amor, y aquella*

*Muriente tarde de inicial ventura
En que glisó tu cabellera oscura
Sobre mi frente, a la primer estrella.*

PABLO DE GRECIA.

LA REALIDAD DE LA ILUSIÓN

Laodamante aparejó su barca alejándola de la orilla a impulso de un vigoroso golpe de remo. Amanecía; el mar, aún adormecido, manteníase en calma. Sus aguas mansas reflejaban el zafir del cielo y en el borroso horizonte emergía la Aurora, después de tomar su baño matinal, ruborizando a las nubes.

Laodamante, así que perdió de vista la playa, soltó los remos e izó la vela, dejando que el céfiro amable guiara la barca; ésta se deslizó con ondulaciones elegantes por las aguas siempre tranquilas y el joven se extasió ante el espectáculo maravilloso del sol naciente, que irradiando su luz en lampos inmensos, bruñía las aguas y el celaje. De pronto la barca se detuvo, y Laodamante despertó bruscamente de su ensueño. Estaba junto a un islote perdido en plena mar, un islote para él desconocido; fuerte y audaz no se amilanó y amarrando su barca se dispuso a investigar la roca. Apenas puesto pie en tierra, una voz dulcísima, que pronunciaba su nombre, le detuvo, y, con ojos de asombro, contempló una mujer de imponderable belleza que, asida a su barca, se sostenía a flor de agua. Atónito, dió un paso hacia ella, creyéndola en peligro, y la bella, al ver su sobresalto, prorrumpió en risa tan armónica, que Laodamante miró a su alrededor, buscando de donde procedía música tan singular. Así que concluyó de reír, le habló: "¡Qué gallardo eres! Te conozco hace tiempo, pues soy una de las tantas sirenas

liñas de este mar que amas; me han seducido tu valor, tu audacia y... tu melancolía; ¿qué tienes? Dejas vagar tu barca por las aguas mansas o bravías, así la guie la onda suavemente o la envuelvan las ondas iracundas, nada te conmueve. ¡Cuántas veces he evitado el que mi padre, enfurecido por tu desdenosa indiferencia, te sepultase junto con tu nave! ¿Qué buscas tu mirada, siempre fija en el horizonte?...” Laodamante escuchaba las palabras de la Sirena y no acertaba a contestarle. “Buen amigo, continuó, ¿buscas eso que los hombres llaman felicidad?, ¿eso que los hombres llaman amor? ¿eso que los hombres llaman un ideal? Ven a mí que yo te lo daré todo. Acariciarás mi coruscante cabellera, te mirarás en mis ojos sin fondo, besarás largamente mi boca, y te llevaré a mi morada submarina de irisadas estalactitas, a mi lecho de coral mullido con musgo oloroso, donde, en inmensos caracoles acústicos, crecen algas de colores inverosímiles y donde serás rey y señor; te servirán las sirenas mis hermanas y te protegerán los delfines amigos de Arión. Podrás, cual nosotras, cabalgar las tempestades, culminar sobre las rompientes sonriendo al Aquilón de ancho soplo y al Abrego salado y pavoroso... ¡Ven! ¡Ven, que soy tu ensueño, ven que te amo!”

Laodamante, enloquecido, fué hacia ella y la estrechó impetuoso... un alarido de horror estremeció las aguas y el ambiente. Con gesto de poseído rechazó duramente a la fascinante sirena, crispado de repugnancia al contacto de su cuerpo frío, viscoso, cubierto de escamas... ¡Que así es la ilusión y el hombre, al hacerla realidad, destruye siempre un ensueño!...

TERESA SANTOS DE BOSCH.
("Fabiola").

(Del libro próximo a publicarse: "Fuegos Fatuos").

MOLIÈRE Y EL REY SOL

Estamos en la Corte de Luis XIV, el rey Sol. Saint-Simón nos va a decir, en sus memorias, cómo es de munífico y de magnífico el monarca. En este punto Saint-Simón no puede ser tachado de parcialidad, pues se sabe que él nunca amó a Luis XIV.

“Jamais personne — dice el autor de las “Memorias” — ne donna de meilleure grâce et n'augmenta tant par là le prix de ses bienfaits. Jamais personne ne vendit mieux ses paroles, son souris même, jusqu' à ses regards. Il rendit tout précieux par le choix et la majesté, à qui la rareté et la brèveté de ses paroles ajoutait beaucoup. S'il les adressait à quelqu'un, ou de question, ou de choses indifférentes, toute l'assistance le regardait; c'était une distinction dont on s'entretenait et qui rendit toujours une sorte de considération. Il en était de même de toutes les attentions et les distinctions, et des préférences, qu'il donnait dans leurs proportions”.

Con estas palabras, que no traducimos por no quitarles la belleza de la lengua original, comienza Saint-Simón el capítulo titulado “Munificencia y magnificencia de Luis XIV”.

Grandes escritores, ingenios brillantes y armoniosos, de estilo puro, clásico, pulido, hacían más magnífica aún la Corte. Un Corneille, un Racine y un Molière entretenían los ocios del monarca con tragedias



y comedias en las cuales surgían la voluntad heroica, el amor con todas sus debilidades, y los vicios y defectos y ridiculeces con que los hombres afean sus acciones: el Cid vengaba heroicamente la afrenta de su padre, en la persona del padre de su adorada Jimena; Horacio daba muerte a su hermana Camila, después de su victoria contra los Curiacios; Augusto, magnífico como Luis, perdonaba al conspirador Cinna; Fedra mostraba su amor culpable a Hipólito, su hijastro; Andrómaca luchaba entre su amor maternal y su dignidad de viuda de Héctor; Atalía dejaba estallar su loca ambición en las puertas del templo hebreo; Berenice se despedía tiernamente de Tito, ya emperador; Harpagón gritaba que los ladrones le habían robado su marmita llena de oro; Tartufo hacía odiar a los hipócritas; Argan, enfermo imaginario, conversaba con médicos extremadamente ridículos; Scapin, con sus trapacerías, ponía en revolución a dos familias; el señor de Pourceaugnac era víctima de crueles engaños; las mujeres sabias — el feminismo que diríamos ahora — eran derrotadas; las marisabidillas ridículas quedaban burladas, y Alceste paseaba su negra misantropía... Todo esto proporcionaba horas deliciosas a Luis XIV. El monarca vivía en una corte de luz, de pompa, de armonía, de arte: "El amó la gloria, y quiso orden y regla" — dice Saint-Simón.

Un día Luis XIV puso los ojos en un memorial que comenzaba así: "Siendo el deber de la comedia corregir a los hombres, divirtiéndolos, he creído que, en la tarea en que me encuentro, no haría nada mejor que atacar, con pinturas ridículas, los vicios de mi siglo; v. como la hipocresía, sin duda, es uno de los que están más en uso, de los más incómodos y de los más peligrosos tuve el pensamiento, Señor, de que yo no

prestaría pequeño servicio a toda la gente honesta de vuestro reino, si escribiera una comedia que describiese a los hipócritas, y pusiese a la vista, como es necesario, los gestos estudiados de esta gente, todas las bribonadas ocultas de estos falsos monederos en devoción, que quieren atrapar a los hombres con un celo falsificado y una caridad sofística”.

El monarca sonreía gratamente leyendo la súplica de Molière para que se le permitiera representar su “Tartuffe”. La risa del gran autor cómico había atrapado esta vez la hipocresía, clavándole sus dardos más agudos; y como los hipócritas han sido siempre numerosísimos, escasísima fué la gente que deseó ver representada la comedia de Molière. Los más temían verse retratados en la escena.

El monarca no se opuso a la representación: él conocía muy bien a esa gente, y entre sus cortesanos había muchos que podrían competir con Tartufo. Le gustaba mucho la comedia; se reía de Orgón, a quien había engañado Tartufo; lamentaba que una joven tan bella y tan buena como Mariana fuera ofrecida en matrimonio por su imbécil padre al redomado hipócrita, y se alegraba de un final tan grato y tan risueño, y repetía los versos con que Molière, por boca de Cleanto, elogiaba la bondad de su soberano.

Sin embargo, al día siguiente de la primera representación, el primer Presidente del Parlamento la prohibió.

Luis XIV está en campaña, y Molière desea ardientemente que su “Tartuffe”, que fué representado sólo una vez, continúe en la escena... Dos compañeros de Molière presentan al monarca una nueva súplica, en su campamento delante de la ciudad de Lille, en Flandes, y Luis sonrío nuevamente:

“Es una cosa muy temeraria — dice el nuevo memorial — venir a importunar a un gran monarca en medio de sus gloriosas conquistas; pero, en el estado en que me encuentro, ¿dónde encontrar, Señor, una protección sino en el lugar en que vengo a buscarla? ¿Y a quién puedo yo recurrir contra la autoridad del poder que me oprime sino a la fuente del poder y de la autoridad, sino al justo dispensador de las órdenes absolutas, sino al soberano juez y al maestro de todas las cosas? Mi comedia, Señor, no ha podido gozar de las bondades de Vuestra Majestad”.

Podría afirmarse, leyendo este memorial, que Molière adulaba demasiado al magnífico Rey Sol. Pero nosotros creemos que hay sinceridad en las palabras del gran autor cómico; que en ellas resplandece el amor a su soberano, y que la protección que las letras encontraban en Luis XIV, despertaba en los escritores un fuerte entusiasmo amoroso por el Mecenas coronado.

Leído el nuevo memorial, el monarca dió permiso para representar “Le Tartuffe”; y, sin embargo, sólo después de haber transcurrido más de un año, fué levantada la prohibición de representar la comedia.

Molière aprovechó lo que él llamó el día de la gran resurrección de “Tartuffe”, para pedir otra gracia al monarca.

Reproducimos una parte de este memorial, porque en él hay una sátira graciosa contra los médicos. El espíritu burlón contra los médicos predomina en muchas comedias de Poquelin.

“Un médico muy honesto, que me cuenta entre sus enfermos, y con honor para mí, me promete, y quiere obligarse por ante escribano, hacerme vivir aún treinta años, si yo puedo obtenerle una gracia de Vuestra Majestad. Le he dicho, sobre su promesa, que yo no le pedía tanto, y que a mí me contentaría él con tal que se obligase a no matarme. Esta gracia, Señor, es

un canonicato de vuestra capilla real de Vincennes, vacante por la muerte de..."

Molière consigue ver, por fin, representado su "Tartuffe" durante cuarenta y cuatro veces, sin ninguna interrupción.

En los dos primeros actos de esta comedia, que consta de cinco, no aparece Tartufo. Se pronuncia su nombre, sí, de cuando en cuando, en casa de Orgón. Este pregunta por él.

ORGON.—Et Tartuffe?

DORINE.—Tartuffe? Il se porte à merveille,
Gros et gras, le teint frais, et la bouche
[vermeille.

ORGON.—Le pauvre homme!

En el acto tercero, y en la escena segunda, aparece por primera vez en escena Tartufo, hablando de este modo a su criado:

Laurent, serrez ma haine avec ma discipline,
Et priez que toujours le ciel vous illumine.
Si l'on vient pour me voir, je vais aux prisonniers
Des aumônes que j'ai partager les derniers.

El hipócrita grita a su criado que le guarde el silencio y la disciplina, queriendo mostrarse como un alma buena, piadosa y caritativa que mortifica su carne pecadora:

¡El pobre Tartufo! — exclamaba Orgón, creyendo que su huésped era una excelente persona.

Tartufo había sido antes un misero, un vago, que se daba en las iglesias fuertes golpes de pecho, aparentando ardorosa devoción. Orgón, católico, lo vió un día y se lo llevó a su casa y allí lo rodeó de todas las

comodidades; y tanto se metió en su alma el pícaro, que quiso casarlo con su hija Mariana...

El hipócrita le hace el amor a la esposa de Orgón, su protector, aprovechándose de la confianza que en él ha depositado dicho señor; y cuando se pone tal cosa en conocimiento de Orgón, éste se indigna, convencido de que en la casa se calumnia a su pobre Tartufo. Fué menester que la esposa fingiera hacerle caso a Tartufo, mientras Orgón estaba escondido debajo de una mesa, para que todo el mundo abriera los ojos y viera a Tartufo sin la careta de hipócrita redomado.

Harpagón entretenía también a Luis XIV, con su avaricia sórdida. De Harpagón se decía que no "daba los buenos días" sino que "prestaba los buenos días"; que hacía imprimir almanaques particulares en los cuales duplicaba el número de las témporas y las vigiliass para sacar provecho de los ayunos a que obligaba a su familia; que una vez emplazó judicialmente al gato de uno de sus vecinos por haberle comido el resto de una pierna de carnero; que una noche fué sorprendido robando la avena de sus propios caballos, y que, en suma, era un avaro, un vil y un usurero.

La graciosísima escena de las manos hacía desternillar de risa al rey Sol:

HARPAGON.—Tiens, viens ça que je voie. Montre-moi tes mains.

LA FLÈCHE (criado de Harpagon).—Les voilà.

HARPAGON.—Les autres.

LA FLÈCHE.—¿Les autres?

HARPAGON.—Oui.

LA FLÈCHE.—Les voilà.

Tan desconfiado se muestra Harpagón de su criado, que ve en ese momento en él más de dos manos, y quiere ansiosamente que él se las muestre todas...

Hay, pues, en Harpagón dos aspectos: el odioso y el ridículo.

Molière ríe siempre, aún en los cuadros más sombríos: su carcajada disipa la angustia del espectador y enseña más que el más severo sermón.

Luis XIV lo sabía, e iba a ver la representación de las comedias de Molière, para divertirse y para encontrar una enseñanza que le librara de las malas tentaciones de la Corte.

HORACIO MALDONADO.

SOÑANDO JUNTO AL PIANO... ⁽¹⁾

A mi grande y viejo amigo Carlos Vaz Ferreira, — como un recuerdo de la tardes de su quinta, en las que, oyendo música, nuestros espíritus dialogaban de arte y filosofía.

I

En las noches de invierno, fantasmales,
Mientras el viento por las calles corre
Como un lobo, y la lluvia plañidera
Tañe en los vidrios trémulo redoble,

Busco, junto a la lumbre, mi butaca,
Y cerrados los ojos, los acordes
Del piano van diciéndome muy queda
Los secretos sublimes de Beethoven.

Y otras noches serenas, estivales,
Mientras por la ventana de las flores
Entra el aliento embriagador y leve,

Oigo a Chopin, y en mi alma se hace entonces
La paz de un plenilunio fabuloso
Extraviado en la entraña de algún bosque.

II

¡Horas divinas de divino ensueño!
El alma, de la tierra libertada,
Vaga por los confines de la vida
Como una loca y fantasmal sonámbula!

Y dialoga con Mozart en el límpido
Idioma del minuetto; con Grieg habla
De primaveras nórdicas; con Schumann,
De ternezas muy hondas y románticas.

(1) Excusado parece advertir que, para comprender con justicia estos poemas, es necesario, no sólo los temas musicales que los inspiraron,

O es Debussy o Ravel, los inquietantes,
O Rimsky-Korsakow (¡oh, Scheherazada!),
O el dulce Schubert, de los *Lieders* tristes...

Y hablando, hablando, sin hablar, el alma
Con los grandes espíritus fraternos,
Burla el Dolor y el Éxtasis alcanza.

III

Entonces, visionaria, en el silencio
De la noche inquietante, como una
Mariposa de seda que resbala
Sobre la vaga claridad nocturna,

El alma llena de íntimos anhelos,
La voz doliente del Misterio escucha,
Y el Misterio la dice esas palabras
Que parecen un antro de locuras.

El Mundo es ido, y el Dolor, y el Tiempo:
Habla su idioma celestial la música;
Y es como si una pálida agonía,

Al envolvernos de caricias mudas,
Nos diera un gran reposo,—más solemne
Que las naves de un templo en la penumbra.

IV

CHOPIN—Prélude
Op. 28, N.º 15.

Es la gota de agua, infatigable,
Que perfora la entraña de la roca:
Quieta, leve, al principio, ni se escucha,
Porque apenas caída se evapora;

Mas, cayendo incesante, es un ariete
Que ya, en la entraña viva, nos asorda,
Y persiste cruel, indomeñable,
Llenándonos de una íntima congoja.

Así el Genio del Hombre. Es una idea
Fija, tenaz, hurgando entre la sombra
Sin descanso; porfiada; más vibrante

Cada vez, hasta el día en que ya rota
La tiniebla, el Enigma se revela
De pronto cual flamígera amapola.

V

SCHUBERT — Margaret at the spinning wheel.

Es la rueca que gira chirriando
En una vieja choza de Alemania,—
La rueca familiar de las abuelas,
La rueca en el andar pesada y tarda.

Gira, gira, monótona, aborrida,
Y mientras va girando, siempre canta
Quien la hace girar, que así cosecha
Su hastío la mujer con remembranzas.

Pero, ahora, no canta la doliente
Niña que ante la rueca está sentada.
Pensativa, sus ojos van siguiendo—

Una historia de amor que al fin acaba
En una gran traición.—(Y es su alarido
El loco despertar de un alma trágica).

VI

SCHUBERT—The Erl King.

¡Oh, el galope de aquel caballo trágico,
Como una pesadilla, persistente,
Como una gran angustia, interminable,
Que asorda, que horroriza, que zahiere!

Es en vano que un canto de esperanza
Se fúja el pobre padre, que el imberbe
Doncel que lleva en grupas del caballo
Siente tras ellos avanzar la Muerte.

Y a través de la selva va el galope
Como un gran viento de Dolor y Peste,
Frenético, angustioso, obsesionante...

Y el miedo en nuestro pecho hace su albergue,
Y una angustia nos cierra la garganta,
Y en la sueca nos roza algo muy tenue...

VII

BEETHOVEN—Claro de luna.

Op. 27. N.º 2.

Es un parque ducal con un estanque
Que se aduerme a la sombra de un gran bosque;
Y una inmensa terraza donde el mármol
Yergue su frío continente noble.

Bajo la luz plateada de los astros
Se imantan los lejanos horizontes,
Y el aire blanquecino se estremece
Como una novia ante un callado roce.

Y en el parque una reina se adelanta
Entre un círculo de harpas, que en la noche
Desgranau sus rosarios de armonías.

Y es tan grande el misterio, y son las voces,
De las harpas tan suaves, que sollozan
Extenuadas de amor todas las flores.

VIII

SCHUMANN — Concierto A.

Op. 54.

Un golpe de la mágica varilla
Y allá en la cumbre de la enhiesta roca
Surge, entre la negrura de la noche,
El palacio de lumbres ilusorias.

Arden, como fanales, las ventanas;
Sangran las torres llamas sarmentosas,
Y por las puertas de ébri buyen canciones,
Risas, llamados, estertores, notas.

Mas, de pronto, el fantástico palacio,
Como aspirado por tremenda tromba,
Gira y sube, frenético, hacia el cielo;

Se esfuma lentamente en la remota
Inmensidad, y su claror distante
Queda como una blanca nebulosa.

IX

BEETHOVEN—Sonata Op. 26, 3.ª t.
(Marcha fúnebre).

Sobre el vasto paisaje silencioso
El fúnebre cortejo cruza en marcha.
Va lentamente, como negra sierpe,
Sobre una vaga claridad sonámbula.

Detrás del catafalco van los hombres
De guerra, desceñidas las espadas;
Las banderas e insignias orgullosas;
Los caballos vestidos de gualdrapas.

Van ancianos y jóvenes, dolientes
En su marcha cruel y desolada;
Van todos tropezando con los velos

Que forman del cortejo una mortaja.
Y en el aire hay melenas de humo negro
Que desanudan al arder las hachas.

X

BEETHOVEN—Sonata Apasionata
Op. 57.

Pálida, exangüe, perfumada, triste,
Parecía la niña una azucena.
Nadie la vió reír, nadie quejarse
En su porfiada mansedumbre electa.

Mudos los ojos, no dijeron nunca
La llama que era en ellos un poema;
Mudos los labios, de su pecho herido
Jamás dijeron la cruel tragedia.

Y, sin embargo, en la celeste niña,
Inocente cual tímida gacela,
Vibraba un corazón enardecido;

Y en el cauce azulado de sus venas
La sangre ardía tropical y brava
Como encelada e indomeñable fiera.

XI

BRAHMS — Variaciones sobre un
tema de Paganini.

En ingenuo vidrial, rico en colores,
Su arte puso un artista primitivo,
Y el vidrial sus inmóviles figuras
Lucía si era por el Sol herido.

Mas, un día, otro artista que pasaba
Bajo los fuegos del vidrial antiguo,
De animar sus figuras y sus tintas
Tuvo de pronto el jugueteón capricho.

Y entremezclando líneas y dibujos,
Como bajo el poder de un exorcismo,
Cobraron nueva vida las figuras:

Se agitaron en loco remolino,
Y a cada movimiento fué surgiendo
En el mismo vidrial un nuevo rito.

XII

CHOPIN—Berceuse.
Op. 57. D flat.

Va el río lentamente, lentamente,
Bajo la luz del plenilunio—fría,—
Rodando silencioso hacia el abismo
Que allá, muy lejos, un peñón sigila.

Y, sobre su cristal, pasa la barca
Donde la joven se quedó dormida,
Mientras a popa, enmáscarado, un hombre
Dice un cantar muy triste a la sordina.

Así bogando, silenciosa, llega
La barca hasta el peñón. Como una arista,
Se desploma de pronto en el abismo...

La luna ha dilatado su pupila;
Pero el silencio, que se agrava, aleja
Un cantar en las alas de la brisa.

XIII

CHOPIN—Andante Spianato.
Op. 22.

Es el salón de una galante dama.
Encima de un coqueto "chiffonier"
Un búcaro. En el búcaro, una rosa,
—Una pálida y bella rosa-té.

Tendida en su diván, con abandono
Espera, fastidiada, la mujer;
Y las horas transcurren despacito
Sin que se haga presente el descortés.

Hay entonces un mimo de fastidio,
Acaso un movimiento de altivez:
Y mientras en el pecho de la hermosa

Muerde la duda con su diente cruel,
En su vaso de vidrio se marchita,
Se marchita la exhausta rosa-té.

XIV

CHOPIN—Scherzo.
Op. 31.

Ebría de exelsitud al cielo sube
El ave con frenético alférazo
Y en el oro solar baña sus alas,
Mientras la aldea se adormece abajo.

Pero, luego el amor desde la tierra
La incita a descender con su reclamo,
Y el ave torna esclavizada al cielo,
Para ensayar sobre este cielo el canto.

Hastada de su torpe devaneo
Vuelve a volar el ave hacia lo alto;
Y de nuevo, otra vez, deja las cumbres.

Así, en eterna ir y venir, cansado,
Deja el alma la gloria de los cielos
Para acabar, por último, en el fango.

XV

CHOPIN—Nocturno.
Op. 9. N.º 2.

Por la abierta ventana se advertía
Un trozo del jardín, que iluminaba
La opalescente claridad nocturna.
Y un hombre estaba frente a la ventana.

Había un gran silencio emocionante,
En el huerto florido y en la casa,
Una estrella latía allá en el cielo.
De las rosas entraba la fragancia.

El hombre era muy pálido. Sus ojos
Fijos, allá en la estrella, con amarga
Atención la seguían. Y la estrella

Fulgurante, dijérase imantaba
La voluntad del hombre pensativo,
Robándole a traición muy quedo el alma.

XVI

GHIEG—Au Printemps.

Notas blancas, rientes, juguetonas,
Leves como un suspiro o una caricia;
Notas de amor que dicen la esperanza;
Notas de luz que claman por la vida,

En vosotras lleváis la primavera,
Como un boca juvenil la risa,
Como las rosas llevan el perfume
Y el ruiseñor un hilo de armonías.

Vibrando, despertáis a la Natura
Para la eterna y sin igual vendimia:
Paludan en la noche las estrellas,

De esmeralda se cuajan las campiñas,
Y las almas, cual flores, se entreabren
Al misterio que llega y las germina.

XVII

DEBUSSY—Jardins sous la pluie.

¡Oh, el ritmo funerario de la lluvia
Que cae entre los árboles fantástica,
Y aduerme el corazón como la dulce
Canción que nos mecía allá en la infancia!

¡Oh, el eco taciturno que las gotas
Caídas de los árboles levantan
En el seno del bosque,—cual si fuera
El ritmo de una exótica balada!

¡Oh, el gemido doliente, inolvidable,
Que tiene siempre, cuando cae, el agua!
¿Por qué tan hondo su tristeza hierde?

¿Qué dice con su canto sin palabras
La lluvia al corazón, que siempre queda
Gemebundo como una gran campana?

XVIII

MOZART—Sonata.
N.º 18 (2.º mov.).

Un salón parpadeante de dorados
Bajo las luces de una araña antigua:
Reclon de Riesener, muebles de Boule
Enjoyados por la marquetería.

Al compás de la música, un minuetto
Sobre la alfombra los danzantes miman:
Marquesas de biscuit, con oro y sedas,

Y abates sabios en maneras frívolas.
Madrigales, sonrisas, coqueteos.
De pronto, alguna frase libertina,
Movimientos de eulitnia irreprochable.

Y a veces, con la esencia de las lilas,
Desmayo tras espléndido abanico
El temblor contenido de una risa.

XIX

BACH—Cromatische fantasie and fugue.

Es el Eter o el Mar. Sólo lo inmenso
 Semajantes vorágines consiente;
 En el Mar, es rugiente málestroëm;
 Es formación de soles, en el Eter.

Y hacia el nudo central la fuerza indómita
 Atrae las potencias y los seres,
 Haciéndolos girar en terbellino
 Como una erguida y fabulosa sierpe.

Desde lejos se vienen atraídos,
 En hululante y bramadora hueste,
 Los astros, y los hombres, y las cosas.

En la bárbara tromba van y vienen,
 Giran, luchan, se van, luego retornan,—
 Que es en cesando ese turbión, la Muerte.

XX

RACHMANINOFF—Elégie.

Cuelgan pendones fúnebres y largos
 Del dintel ojival de las ventanas.
 Ayes dolientes surgen por momentos
 De la mortuoria y encendida sala.

En el jardín los árboles susurran
 Su interminable letanía extraña;
 Y hasta es lúgubre el ritmo de la fuente
 Que se destila en la marmórea taza.

Las aves han callado en el bosque;
 Las flores han perdido su fragancia:
 Y en su caverna se ha acostado el viento.

Ahora es el silencio que se agrava
 Con la noche que llega. Y en los cielos
 Tiemblan los astros blancos, como lágrimas.

XXI

SCHUMANN—Toccata.

Op. 7.

En toda la extensión es un delirio
De escaleras que ascienden hasta el cielo,
Cruzándose, cortándose, con foga
Trabazón de un ardor funambulesco:

Amplias y señoriales sólo a trazos,
O mezquinas y raudas por momentos;
Con recodos y vueltas a capricho,
Con bruscos sobresaltos sobre el vértigo.

En caprichosa e inextricable foga,
Al que abandona temerario el suelo,
Extravían muy pronto en su camino,—

Que no se halla la altura por un dédalo
De escalas caprichosas, sino alzando,
Como el ave caudal, derecho el vuelo.

XXII

SCHUMANN—Grosse Sonata.

Op. 11, N.º 1.

Transponed el umbral y bruscamente
Os envuelve la loca mascarada,
Cintas, colores, risas, antifaces,
Bromas y contorsiones, luminarias.

Y en medio del tropel, una pareja
Enardecida de pasión romántica,
Ocultando su amor adulterino
De la curiosidad de las miradas.

Risas, bromas, disfraces, centelleos:
De pronto, una irrupción triunfal de máscaras;
Y luego, en el salón, un hueco trágico:

Rojo, hirviendo de cólera, la dama
Tinta en sangre, el esposo ha aparecido,
Y a sus pies, desangrándose, una dama.

XXIII

SCHUMANN—Traumerel.

Op. 15.

El estanque, cubierto de esmeraldas;
 Las orillas, soñando en el misterio
 De la fronda; en el aire un ruido enjambre
 De libélulas. Plásmase el silencio.

Sentada al pie de un sauce está una niña
 Idealizada por un blanco velo.
 El libro que leía, de su mano
 Se ha caído,—olvidado, sin objeto.

Sueña, mirando el agua del estanque...
 Sus pupilas anega el cabrilleo
 Que ponen en el aire las libélulas...

Y entre las brumas del querido ensueño,
 La imagen del amado lentamente
 Empieza a diseñarse en sus recuerdos...

XXIV

MENDELSSOHN—Bendó capriccioso.

Op. 14, Key E.

Sobre un surco de fósforo frotado
 Corro rápidamente una chispilla,
 Y es de pronto un collar tornasolado
 Que con los oros de un gran sol rutila.

Son lengüetas de fuego rojas, gualdas,
 Con sorpresas de nácar y de mica;
 Milagros del color incandescente;
 Piedras preciosas en enjambre, vivas.

Al contemplar los juegos de la lumbre
 Los ojos, poco a poco, se hipnotizan;
 Y es, entonces, lo mismo que una rueda

Flamígera, sangrante, toda chispas,
 Que da vueltas sin fin ante el asombro
 Solemne y pertinaz de las pupilas.

XXV

¡Oh, la voz de mi piano, sugerente
De visiones, recuerdos y leyendas!
¡Espesada de incienso, encendida
Como la gloria de cristiana iglesia!

Oyéndola, en el tibio apartamento
Donde el silencio afelpa a la tiniebla,
He visto con los ojos de mi alma
Revivir de mi infancia las consejas.

Así, a solas, muy lejos de la vida,
Del mundo, de los hombres,—la cabeza
Cogida entre las manos,—a mi modo

He ido interpretando los poemas
Que sonaba mi piano. Y de esa loca
Ensoñación, aquí tenéis la siembra.

Víctor Pérez Petit.

(Del libro inédito "Las Campanas del Crepúsculo").

CAPITULO DE NOVELA

(Fragmento de un libro de ambiente regional que publicará este año la «Editorial PEGASO»).

A través de la mampara baja sentí el vozarrón de nuestro Gerente advirtiéndome prudencia a Maguna.

—Vea lo que hace; su cuenta se va a las nubes; haremos esa nueva hipoteca, pero, aunque es mi deber no hablar, le aconsejo cautela.

Comprendí, desde luego, que trataban el mismo tema sobado y resobado por nosotros en las tertulias de la Botica.

Natural es que allí hablemos mucho de este Maguna, cuya incapacidad para toda labor sustantiva lo ha puesto en el trance, repetidas veces, de mordisquear el terrón que recibió de sus mayores. Por el caminito de la escribanía se fueron ya muchas cuadras; ahora acude al Banco por más dinero, que ha menester para sus combinaciones fantásticas; pues si el destino le mezcló hasta un adarme de actividad práctica, hasta un mísero grano de voluntad traducible en labor, compensó el capricho proveyéndole de una imaginación profligera como mujer pobre y alegre como mañana clara.

Durante los años que van colmando su vida, galano y sonriente se le ha visto siempre; planteando negocios que resuelvan la incertidumbre de sus finanzas; organizando explotaciones, cada vez más perfeccionadas, de su cerro calizo; buscando socios; ajustando

contratos; ordenando análisis de variadísimos guijarros: subrayando su garrulería con guiñadas maliciosas; y hablando de bailes, pues Maguna, ya más que pintón y cargado de alifafes, se enorgullece de bañas coreográficas, en cuya frecuente evocación halla su carácter invalorable gloria.

Y toda esa actividad incesante, ese despliegue paralelo de mímica y elocuencia, concluye siempre del mismo modo: leyendo, cada tres o cuatro años, a emborronar el protocolo del escribano Sánchez con alguna hipoteca, cuyo resultado es conocido al extenderla. Maguna no las ha levantado jamás.

Así va sufriendo ablaciones su predio, que recibiera en vasta propiedad, constituida por el cerro y sus aledaños; éstos llegaban en tierra fértil, susceptible de hondas rejas, casi hasta las puertas de la ciudad, y, por otro lado, seguían en pingües peñascales calcáreos, flanqueando largo trecho la sierra, cuya vecindad tanto favorece al paisaje minuano.

Pero el cerro, el cerro únicamente, ya era fortuna en lueños tiempos; famosísimas fueron las cales rendidas en las excavaciones que presenta como impereceptibles caries: y todavía ahora, cruzando el alambrado divisorio, en otro cerro frontero, un cuñado de Maguna granjea la herencia indirecta, con piedra inferior; pero que sírvele para monopolizar de tal manera el mercado montevidéano, que hasta a la misma piedra de Burgueño duele su competencia. Entonces, ¿qué fuente de riqueza no puede ser el intacto cerro de Maguna, con su piedra de alto tenor de carbonatos, con suaves pendientes fáciles para la carga, y con la ubicación favorable a un entroncamiento con las líneas del ferrocarril?

Para tan visible riqueza intacta siempre hubieron gavilanes; este quiso arrendar el cerro; esotro explotarlo en sociedad con Maguna; el de más allá pensó hurgar hasta que aparecieran cosas nunca vistas, la-

brando así fortuna incalculable. Mas de todo ello, pensamientos equilibrados, planes atrevidos, o simples charlatanerías de ignorantes alucinados, siempre quiso aprovechar algo mi héroe; pues, sin aceptar de plano las proposiciones recibidas, concedía esperanzas, fraguaba posibilidades, mientras se empollaba el negocio; y mientras él captaba los planes del candidato, a fin de ensayar por su cuenta. Pues, en su ignorancia, en su mentalidad de mozo de pueblo, apenas desbastado por la escuela primaria, cuya acción presto fué limitada por el donjuanismo, y luego absorbida por la desidia ambiente; en su excesiva confianza en la viveza nativa, y en la capacidad heredada para el ramo de cales, Maguna creía dominar súbitamente los meandros de cuanto plan le presentaban, hallaba fácil toda operación, ya estuviera apuntalada por rigorismos científicos, ya esperara su éxito de la única acción de una labor tenaz.

Viósele así probar suertes diversas: ora la ordinaria venta de piedra a las caleras de Montevideo; ora la exportación a Buenos Aires, volviendo la espalda al mercado seguro, a fin de aprovechar los precios que vienen cuando el oro de los trigales no deja rielles libres a las cargas pobres; sino la explotación total, es decir, la instalación de hornos, que primero debieron erigirse para quemar con leña, que después debieron quemar a electricidad. Sí, a electricidad, aunque sea increíble para esta tierra, servida por una usina de energía intermitente y escasa; pero represando su arroyuelo crearía una estación hidroeléctrica para la necesidad de su calera, y, acaso, después algo le sobrara para enviar a la ciudad; mas esto lo expresaba con guiño tan adecuado, y con tan hidalgo gesto de su mano, que la ilusión se hacía tangible, realizada, para los oyentes, quienes ya no podían eludir la seguridad de un futuro en que Minas estaría alumbrado como Río de Janeiro.

Inútil es decir que ni vendió piedra, ni tuvo fruto la búsqueda de clientes en Buenos Aires, ni aprendió nada en sus viajes a Córdoba para estudiar las quemas con leña, ni llegó a nada práctico con cierto alemán traído subrepticamente de la Fábrica de Portland de Sayago, muy ducho en hornos modernos, cargado de diplomas ilegibles.

Nada ha hecho. Los años corren; su actividad no decrece, pero el campo se va; se ha ido, pues ya no quedan al cerro sus laderas fértiles que llegaban hasta la ciudad, ni los pingües peñascales; el arroyito mezquino todavía parece aislarlo más.

• • •

El vozarrón de nuestro Gerente amplificaba sus insinuaciones; no eludía la operación solicitada por Maguna y aceptaba la hipoteca, mas correspondía advertir cautela, pues los capitales del Banco no tenían destino usurario. Su objetivo era propender a la expansión de toda industria noble, dar movilidad al comercio, etc., etc., etc., inacabables etcéteras, pues cuando el Gerente emplea esa fraseología automática, aprendida no sé cómo y empleada siempre, es imposible saber cuándo, ni en qué peldaño de su alquitarada elocuencia se detendrá.

—No, amigo Gerente, oíamos, adivinando la mímica de Maguna, a través de mampara baja; no, este es un caso incomparable. Voy a meterme en un negocio de claros y seguros rendimientos; la rutina con que hacemos todo, y la tacañería con que vivimos, puede agregarse, dan aspecto de riesgo a las posibilidades de mi explotación. Si yo le pidiera para echar vacas u ovejas a mi campo, usted ni chistaba; pero le propongo explotar acabadamente ese cerro, cuyas piedras, desde añares, quemamos para hacer cal, pagándola a precio de oro cuando los gringos la mandan hecha lus-

troso mármol desde su tierra. Y como le propongo eso usted remolonea, y me rezonga como todo paisano, cuando se las echa de generoso y le da una libra al hijo que va a las carreras... Ya verá, Gerente, trabajaremos eso, usaremos el mármol como se usa en Europa, con grandeza; la plata vendrá y enriquecerá el departamento; los mármoles de Minas servirán, no solamente para lujo, sino para llevar la fama del país a todas partes, ya que belleza como la de mis mármoles no se vió jamás.

El cerro está ahí clamando por mostrar lo que vale; los hombres entendidos están; ¿por qué voy a vacilar?

La elocuencia de Maguna tuvo caprichosos desarrollos, su voz inflexiones convincentes, sus pausas fueron de efecto. ¡Y cómo serían sus guiños y los gestos de sus manos! El Gerente enmudeció, guardó aquellas sus reflexiones habituales, tal vez porque, como Maguna dijera, el negocio era distinto a los que se presentan habitualmente en las ventanillas del Banco; y su dialéctica parece no tener argumentos para usar en esos casos.

Callándose, dejando correr la abundante charla de Maguna, aparecía en una expectativa habilidosa y propia de su cargo. Luego habló, pero ya para combinar los detalles menores del negocio; examen de títulos, condiciones de escrituración, y lo demás; hasta que, con mucha pausa, volvió a enhebrar el hilo de sus fantasías Maguna y ambos se embarcaron en la dorada nube de ensueños y tecnicismos, de cálculos y esperanzas, cultivados y discutidos por nosotros en las tertulias de la Botica.



Vuelvo a escribir la Botica con mayúscula, pues aunque en la población hay más establecimientos farma-

céuticos, el clan de las personas de buen tono los ignora. ¿De dónde viene esta parcialidad, notoria y continuada preferencia, que ya suma décadas?

No lo sé. La grónica viviente que es este vasco Idoyaga, dueño de la Botica, refiere muchísimas cosas; muestra con orgullo una mesa oval, en la que Batlle, siendo Jefe Político y tertuliano, apoyábase plácido, como nosotros solemos hacerlo, sin mayor decoro; esa viviente crónica recorre las épocas, habla de autoridades desaparecidas, de guerras, de castas fundadoras y de sus descendencias extintas, mueve así veinte, treinta años de historia local; y siempre la Botica aparece como refugio de la gente de buen tono, isla en donde hallábanse cómodos los de bando opuesto y los de diversa extracción social, los residentes y los que pasaban, cuantos, en fin, hubieron menester para su vida alguna hora diferente de las habituales en la ciudad.

Así es como en los atardeceres, o luego, después de cenar, repasamos allí un rosario de variadísimas cuentas: los tópicos de corriente actualidad son juzgados con ánimo docto, y en discurso, tanto sencillo como culterano, pues no falta quien guste poner en la reunión alguna cosita pescada en lecturas rebuscadas. Pero nuestra intervención en la vida de la urbe es total; ella no se producirá siempre del plano superior que fuera menester, pero discretos, sapientes y longánimes, nada dejamos de comentar.

Y en esta tarde, Idoyaga, que es fisgón y comedido, ya sabía la combinación de la hipoteca, y desde temprano mostró deseos de tratar el punto. Los madrugadores, Gastán, el Juez Letrado y yo, resistimos a sus claros envites, esperando el *quorum* para asumir una actitud unánime, tal cual hacemos siempre que de lidiar con la curiosidad de Idoyaga se trata. Pues evaluamos exactamente sus virtudes y taras: por eso lo queremos bien; acaso sea rudo, pero muy sincero es nuestro apego a él; mas cuando debemos atender a

cualquiera posición de su inútil y sempiterna curiosidad, por manera indeliberada, nuestras voluntades se acordonan para contrariarlo, es decir, para ocultarle la verdad ansiada, o para torcérsela en rumos de malicia o diversión siempre halagüenos a la tertulia. Y en esos momentos no aparecen discrepancias; todos como una sola mente, gobierno de una sola lengua, presentamos a nuestro vasco opiniones de una sola calidad.

Ya dije cómo hoy no faltamos al hábito; pero habiéndose discutido muy mucho y acabadamente esa futura explotación de los mármoles de Maguna, tanto como para dividir los tertulianos, pues exceptuándonos a tres, había igual número para negar como para creer la posibilidad del negocio, habiéndolo discutido así, los madrugadores resolvimos tácitamente no aventurar parecer ni novedad alguna. La importancia del asunto merecía alterar el ritmo de nuestra convivencia, y tal vez pudiéramos ser obsequiosos con Idoyaga. Pero ya es ineluctable el hábito del clan.

Resistimos, abroquelándonos en una desusada atención por la música de la Banda que toca junto al pedestal del héroe; por las novedades que arbolaran las elegantes, en su pasear monótono contorneando la plaza; por los manejos de los adolescentes, ensayando amoríos con importancia cursi; nos interesamos por ese espectáculo al que volvemos la espalda todos los días; llegamos hasta fijarnos en Alvarito Zeballos, sempiterno dragón de forasteras, preparando sus redes en torno a una sobrina del Jefe Político que nos visita por primera vez. Nos interesamos por todo, menos por las insinuaciones de aquella sirena vasca de abultado abdomen; y sólo cuando la vereda pareció llenarse con los habituales tertulianos volvimos al mundo de discreta maledicencia en que gustan apacentarse los ánimos en asueto; nosotros por ende.

Cuando, como de costumbre, pausado y zocarrón,

don Pancho Fuentes se largó a discurrir sobre las grandes empresas extractivas y sus cualidades eminentemente aleatorias y su avidez para los elementos monetarios, ya parecía que invisible pero sensible andaba en la atmósfera una orden perentoria de negarle a Idoyaga las aspiraciones de su curiosidad, orden anónima que se cumpliría. Y aquello fué de verse.

Los del Banco estuvimos con exceso requeridos: no digo el Gerente, pues bien conocido es su hábito de callar en público cuanto divulga en conversación particular; pero Quartino, el cajero, allí presente, en su inmutable gravedad de indio; y quien estas líneas escribe, mucho sabríamos de cuanto Idoyaga había menester; pues él, aunque muy amigo de Maguna, no logró confidencias sobre los engranajes menores de la máquina que montaba. El Idoyaga se caía de curiosidad por saber, para poder contarle, si andaba Maguna solo o con algún sindicato, quién gobernaría la explotación y adónde llevarían los mármoles; cosas de las cuales todo el pueblo, igual que nosotros, se ocupaba, sin develar el misterio, forzosamente aclarado en el Banco para lograr la hipoteca.

Quartino y yo fuimos tácitamente requeridos, mas en cuanto dejó la palabra don Pancho, precaviendo alguna interrogación a modo de cuña, el Jefe Político habló: y ni su empaque, ni su jerarquía, son para interrumpirlo. Coronel de escuela, gusta de exhibir su cultura, y tengo para mí, acaso por sugestión de su continente rígido, de sus bigotes en fieras puntas, y de su avidez exhibitoria, por la cual tanto recorre las secciones de campaña, como preside los exámenes escolares, o asiste a las trillas, tengo para mí, repito, que gusta de imitar al kaiser. Pero esto son cosas mías; lo notorio es su facilidad elocutiva y el deleite con que se escucha. Nadie allí lo interrumpió, cuando, y también sin particularizar en la industria de Maguna, habló de los ilimitados horizontes que esas riquezas in-

tactas abrirían a la economía del departamento y del país; habló de las "Minas de oro del Soldado", lamentando su inactividad y cuán poco cundiera su ejemplo para sustituir la famosamente mezquina industria pecuaria del Este de la República, por una evolución resuelta hacia la explotación de industrias posibles. Bosquejó sus ideas con amplitud panorámica, en grave tortura de Idoyaga, quien veía acrecentarse el torrente de idealismos obstaculizando su ansiedad y dando pábulo a corroboraciones adventicias, pues el Jefe, no solamente en el discurso, sino en la gesticulación insinuante y versallesca buscaba asentimiento, que todos cuidábamos de expresar eficazmente.

Pero en cierto momento, el gallego Sánchez, tendero en actividad, a quien la importancia de su giro y su instrucción pintoresca daban sitio en la tertulia, el gallego Sánchez tomó la palabra, realmente con cierta alarma del clan: no porque él gaste una oratoria como la del Jefe, abundante, vaga, meliflua, sino porque la calidad de su orgullo le ha compuesto tal psicología, que él se conceptúa centro del universo, y todos los acontecimientos del vivir cotidiano se vinculan a su existencia, adquiriendo al exteriorizarse matiz de disparatado egotismo.

El clan temió: luego comprobamos en Sánchez el predominio del espíritu corporativo; se mantuvo en un plano de superioridad conveniente, sin referirse a Minas, ni a Maguna, ni a él, ni a ningún otro ente conocido ni real.

Ya la quimera de los mármoles no existía; deviniera vasto problema de la economía nacional aquello por lo cual la tertulia se desplazaba de los acostumbrados temas. Y las opiniones se produjeron en tal sentido. Fué así que se vió al Juez de Paz, letrado nuevecito, refrescar teorías de la cátedra en su sintaxis vasca; hombre más dado a las letras que al derecho, más a ociosos amatorios que a sus sentencias, trabajó como bueno,

sin embargo, pues aquello no era su fuerte; acaso lo sostuvo el entusiasmo ambiente, pero forcejeaba, y viéndolo así lo acorrió Gastán, quien esperaba, lista la fuerza del vasco su antepasado, y presta la flecha taimada del indio cercano en la línea materna.

Rara amalgama la de este muchacho; rara, pero bella y en todas sus cosas evidente; vírasele hoy disertando con habilidad y gracia, sobre los movimientos de la riqueza inerte, sobre la compleja obra de civilización económica esperada por el país; y en las alternativas de su discurrir, iba hacia Idoyaga con interrogaciones perentorias a las que nuestro vasco hubiera querido asirse. Pero Gastán aviesamente se adelantaba, y el buen vasco se desplomaba en su duro silencio.

Cortesmente la palabra fué pasando de uno a otro; exceptuándonos a los tres del Banco, nadie se mezuñó, y para el final se reservó Goyena, el hombre del Club Fomento, como aquí se le llama.

Goyena, ex Jefe Político, ex Gerente de Banco, ex comerciante y procurador; Goyena, que ha hecho del progreso departamental un sacerdocio, que organiza ferias ganaderas, exposiciones de lanas, conferencias; que proyecta ferrocarriles y grandes empresas; Goyena tomó la palabra, y entre él y sus corifeos, de los que en la tertulia hay tres, disolvieron las horas. Cumplía el tema a las vastas proyecciones de su plan progresista, que lleva el departamento hacia un porvenir de industria manufacturera; y en macizas oraciones repitieron allí, por milésima vez, las proclamas del Club; todo ello fué en servicio de nuestro maligno empeño, pues la Banda callara mucho antes sus desconsideradas músicas; la juventud elegante y amatoria desapareciera; alumbrara el mancebo los focos de la Botica tras los globos llenos de líquidos coloreados, morado y rubí; y todavía rodaban por la atención del clan, hinchadas palabras de las necesarias, u otras rememorando concentraciones capitalistas, o citando los variados

elementos con que él y los suyos pretenden suscitar aquí considerables fuerzas económicas.

Idoyaga tascaba su impaciencia, y solía dirigir miradas significativas al Juez Letrado, impávido, silencioso, pareciendo no llevar parte en el asunto. Hombre místico, melómano además, sin duda gozaba el blando halago de no sentir la Banda, y se abismaba en sueños tal vez mil leguas distantes de los Códigos. Idoyaga solía mirarlo como náufrago al madero flotante, clamándole sepa Dios qué auxilios o intervenciones reparadoras, ante aquella usura de la amistad malévola.

Al venir los toques de ánimas, ondulando su tristeza desde las cuadradas torres de la iglesia, estábamos aún como al principio, pero nuestro físgón y comedido huésped sin la ansiedad entonces visible. Era la del desbande aquella señal de las campanas, y en movimientos simultáneos fuimos, como es la práctica, a acomodar nuestras sillas, pasando junto al vencido en silenciosa teoría.

Luego, ya rumbo a nuestras casas, Gastán y yo nos detuvimos en la plaza, cuya soledad hacía más incomprendible el gesto del héroe; nos detuvimos a discurrir sobre aquella voluntad monocorde, enérgica, usada aviesamente por una asamblea heterogénea de rumbos espirituales tan distintos.

Y cuanto discurrimos no estuvo exento de interés. Al separarse de los núcleos asciende en potencia el espíritu del hombre, acrecentándose, desde luego, el mérito de sus ideas; las nuestras no escaparon a esta ley; pero como en una noche de otoño bruscamente frío suele no gustar la juventud de discurrir en una plaza inhóspita y ante un hombre de bronce, máxime si después de breve camino se encuentra un plato de sopa humeante, detuvimos nosotros el flujo de nuestras reflexiones.

Dejamos aquello para después.

EMILIO SAMIER.

CRÓNICAS DE ARTE

Resumen de la vida artística

Aspiramos a resumir el movimiento artístico de cada mes. Quizás se juzgue vanidosa nuestra intención de resumir lo que de por sí ya es un resumen. Pero lo que deseamos es implantar el hábito. Y confesamos que nos seduce el título sonoro: "Resumen de nuestra vida artística". ¡Encierra tantas ilusiones! Y así quisiéramos que esa perdonable ilusión se detuviera y no pasara más allá de ese título promisor y engañoso, al menos por ahora. Porque día vendrá en que este resumen no será ya un título ostentoso disfrazando una ilusión, pero será un real resumen, un índice de actividades, una condensación de "nuestros" ideales, que, con la esencia de jugos nativos, sugerirá el sabor de todas las frutas de "nuestro" huerto.

La exposición de arte nacional del doctor Pedro Figari

Concluyó el año 1921 con la exposición del doctor Pedro Figari, que se prolongó después hasta el final de la primera semana del año que corre. Queremos insistir en este punto porque vemos en él un signo augurador de mejores días para nuestro arte. Empieza así

el año artístico bajo la égida de una tendencia nueva, de la primera tendencia seria de arte regional que nunca hayamos tenido. El doctor Pedro Figari debuta, ya en la parte alta de su camino, como un verdadero maestro. No nos detengamos en miopes estudios de técnicas y de dibujos. Estudiemos este fenómeno raro, surgido, parece, a despertar el dormido amor por nuestras cosas. Su numeroso conjunto de telas nos muestra la nueva belleza sin los titubeos, sin las vacilaciones, sin las incertidumbres que han tenido siempre los iniciadores. Su palabra emotiva habla con una experiencia y un saber tan hondo!... Y es que la emoción en arte la procura siempre la verdad, la verdad de la vida, cuando se tienen ojos y cerebro para penetrarla. Así nos olvidamos de los tan discentidos medios del doctor Figari para ofrecernos su fuerte visión. El nos guía. El es el nuevo orientador, con la fe, la valentía, el entusiasmo, la sinceridad, el optimismo del que emprende un nuevo camino y que está seguro de que por él va bien. Otros harán más, quizás. Pero ya nadie le quitará la gloria legítima de haber abierto a la *belleza nuestra*, nuestros ojos cerrados: a la *belleza gaucha*, a la *belleza pueblera*, a la *belleza nativa*.

La exposición del pintor italiano Margotti

Arte místico titulaba Margotti su exposición de cuadros. Antítesis del arte místico, diríamos nosotros, ese arte esencialmente pagano que busca por la teatralidad del color, de la actitud y de la ordenación, la simpatía religiosa. Margotti va por un camino por donde nunca ha ido ningún pintor místico. De los místicos antes de Rafael, pues los otros, después, son falsos místicos.

Alguien me repara, que recuerda a Maurice Denis

en sus últimas tendencias. ¡Así fuera! Mas si estos sus últimos apuntes constituyen lo mejor de su obra, sabemos que al pasar al tamaño definitivo van a perder sus virtudes, dramatizándose, oscureciéndose. Así fué con la ordinaria decoración de la capilla de María Auxiliadora. Creeríamos en su última tendencia si no la viéramos junto a su obra anterior. Si no lo supiéramos al pintor enamorado a la par de todas sus telas, aquellas primeras bituminosas y desdibujadas y aquellas otras teatrales y escenográficas. Porque es virtud de todo renovador destruir sus antiguos ídolos cuando una nueva creencia exalta su espíritu. Eso viene cuando la renovación viene de adentro, como una luz purificadora que necesita para alumbrar su fuego de las maderas viejas que formaban los viejos ideales. Pero no creemos que este sea el caso de Margotti.

La exposición de la

Escuela Industrial

Decepcionadora fué esta exposición. Porque esperábamos lo que era legítimo esperar: esperábamos *obra* y sólo vimos *teoría*. Esperábamos poder juzgar de algo hecho, algo definitivo, concluído. Sólo vimos dibujos y dibujos. Excepción hecha de los talleres femeninos, que lucían superabundancia de labores triviales; también el taller de cerámica prometía, por sus ensayos, mejor obra para el futuro. La enseñanza de la escuela está completamente desorientada. Su rol es hacer *obreros* haciendo *obra*. Y por el camino que va la Escuela, lo único que puede ofrecer son aprendices, con títulos sonoros, con más o menos sellos y firmas, pero aprendices que tendrán que soportar mañana las duras imposiciones del taller avaro, para poder hacer lo que no hicieron en la Escuela: obra industrial.

La exposición de Riso

Fué exposición de promesas, de juventud, de savia, de vida. No podemos juzgar la obra expuesta sino la intención de la obra. Revela un temperamento de artista, y un posible pintor para el futuro. Posible, si no insiste en los excesos de juventud y de bríos, excesos que pueden quemar el brote tierno del artista, que necesita savia, sí, para crecer, pero que también reclama un período de calma y oscura gestación en las fibras de la planta antes de ascender a la brillante floración en el extremo de la rama.

C. A. HERRERA MAC LEAN.

GLOSAS DEL MES.

La cena mensual de la "Editorial Pegaso"

Como de costumbre, y en el mejor ambiente de intelectualidad y buen tono, realizóse el ágape mensual de la Cooperativa Editorial Pegaso, que tan bien sirve a la vinculación de los escritores nacionales y a los fines de la Editorial.

La cena fué en honor del doctor Hugo D. Barbagelata, Director de "La Gaceta de América" * (París), y del señor Alfredo Bianchi, Director de "Nosotros" (Buenos Aires), ambos huéspedes de Montevideo por pocos días.

Ocuparon asiento alrededor de la bien servida mesa, Hugo D. Barbagelata, Alfredo Bianchi, Julio Raúl Mendilaharsu, Carlos M. Princivalle, Fernán Silva Valdez, Julio J. Casal, Alberto Smith, Perfecto López Campaña, Alberto Brignole, José María Delgado, Vicente A. Salaverri, Telmo Manacorda, etc., etc.

Excusó su inasistencia el Presidente de la Editorial, doctor Asdrúbal E. Delgado.

No hubieron discursos.

De Redacción

Pegaso se propone aumentar sus páginas, sus redactores, sus secciones. Ya consolidada definitivamente nuestra Revista, es justo que aspiremos a su exgrandecimiento, por propio ideal y como retribución al favor público.

PEGASO amplía así sus horizontes: convoca así a su alrededor a toda la intelectualidad nacional; ofrece así diversos sectores, desde donde cada uno puede hacer su obra, que será siempre contribución a la grandeza propia.

En tal orden de ideas, podemos anunciar hoy, que, desde el número próximo, PEGASO incorpora a sus secciones de "Crónicas de arte", atendida por el arquitecto Carlos Alberto Herrera Mac Lean, y de "Glosas del mes", que hacen los señores Emilio Samiel, Alberto Brignole, Vicente A. Salaverri, José María Delgado y Telmo Manacorda, una nueva e importante sección de "Educación", que estará dirigida por la inteligentísima Directora del Jardín de Infantes, señorita Enriqueta Compte y Riqué, y en la que colaborarán la talentosa señorita María Espínola y Espínola, Vocal del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria, y el doctor Santín Carlos Rossi, bien conocido ya en nuestros círculos intelectuales y científicos.

Bastan los nombres de tales elementos para que el simple anuncio de la Sección "Educación" de PEGASO, despierte el más alto interés.

Tanto la señorita de Compte y Riqué, como la señorita de Espínola y Espínola, representan en el ambiente magisterial de la República las figuras culminantes de la hora, y su gestión, al frente de establecimientos educacionales, en centros de cultura, en el Consejo de Enseñanza, etc., comportan hermosos triunfos femeninos que valen laureles consagrados.

La señorita de Compte y Riqué, a cuyo cargo publicaremos la Sección "Educación", nos promete una labor importante, y a ella pueden dirigirse desde ya todos los que se interesen por las publicaciones educacionales de PEGASO.

Oremos firmemente que con esta gestión PEGASO contribuya al problema escolar de la República, y se acerca cada vez más a ser lo que siempre aspiró: la revista nacional por excelencia.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Nuevos poemas.—Por Fernández Moreno.—Buenos Aires.—1922.

Como quien recoge olvidadas gavillas de antiguas cosechas líricas, Fernández Moreno, en su accidental residencia de Chascomús (R. A.), acaba de dar a la publicidad sus "Nuevos poemas". Este libro, complementario de "Ciudad" (1917), de "Intermedio provinciano" (1916) y de "Campo argentino" (1919), poco agrega al caudal poético de las obras que complementa. Hay aquí la misma ironía ágil de "Ciudad", la misma nota sentimental de "Intermedio provinciano" y la misma encantada sencillez de procedimientos y el mismo escuetismo de "Campo argentino". Acaso el libro tenga en mayor número las exageraciones acusadas en los últimos libros de Fernández Moreno. La modalidad del emotivo poeta de "la pequeña ciudad de General Pérez y de su maravillosa laguna", no necesita para destacarse, comprimir su don de síntesis, ni agudizar la búsqueda de temas simples, ni incrustar en las páginas del libro composiciones como las que titula "Zoológico" (páginas 32 y 36), "Cineas", "Timidez", cuando en la futilidad de las cosas vulgares puede inspirarse para escribir:

Hay que soñar

Viejas tapias de ladrillos,
grandes cortinas de piedra,
ventanas abandonadas,
verde musgo en las veredas.
No hay nada más, pero basta.
Hay que soñar y se sueña;

y aún trazar esta encantadora descripción que recuerda, por el "procedimiento", la perfección admirable de "Paisaje", elogiada por Lugones: Una casuarina:

Un manojo de ramas en la punta,
un tronco liso, estremecido y largo;
un elegante plumerito verde
sacudiéndole el polvo a los espacios.

La excepcional importancia que tiene Fernández Moreno en la poesía argentina de la hora actual, exige que no se deje arrastrar hacia los despeñaderos a que siempre se asoma quien anda por lo que llamara Rubén Darío la "planicie de la sencillez". Ciertamente este último libro parece ser una despedida a la exageración de los comienzos, "necesaria" para asegurar la persistencia de una personalidad ya definida y todavía promisoriosa. En este sentido, creemos que "Nuevos poemas" son las migajas, con algunos granos de oro, que quedaban en el bolsón del peregrino ilusionado. Ahora, limpio el zurrón y reiniciada la marcha con más vigor y con más entusiasmo, Fernández Moreno nos dará su mejor obra, que ha de fusionar en la unidad perfecta, la sencillez de "Campo argentino", la visión ingenua de las cosas de siempre de "Ciudad", y la emoción romántica de "Intermedio provinciano", que sigue siendo su libro más bello.—J. P. R.



Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo



Presidente: DR. ASDRÚBAL E. DELGADO

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia-féérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
 Moratorio Eduardo L., Daymán 1357.
 García Luis Ignacio, 15 de Julio 1246.
 Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
 Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
 Miranda César, Boulevard Artigas.
 Buero Enrique, Mercedes 1061.
 Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
 Etchevest Félix, Sarandí 456.
 Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
 Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
 Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
 Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
 Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
 Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
 Mendiivil Javier, Convención 1523.
 Miranda Arturo, Canelones 687.
 Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
 Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
 Frando Carlos M., Juncal 1363.
 Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
 Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
 Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
 Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
 Schinca Francisco A., Mercedes 826.
 Del Castillo Serapio, Paraguay 1267.
 Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejida 1392.
 Herrera Mac Lean Carlos A., Cerreto 382.

CONTADORES

Fontafna Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
 Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
 Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
 Delgado José María, 5 de Octubre 120.
 Feladori José, Constituyente 1719.
 Infanzozzi José, Cuareim 1323.
 Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
 Brignole Alberto, Canelones 1241.
 Scoseria José, Maldonado 1276.
 Mier Vélazquez Servando, Continuación Agraciada 136.
 Toscano Esteban J., Uruguay 881.
 Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Ostmani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.